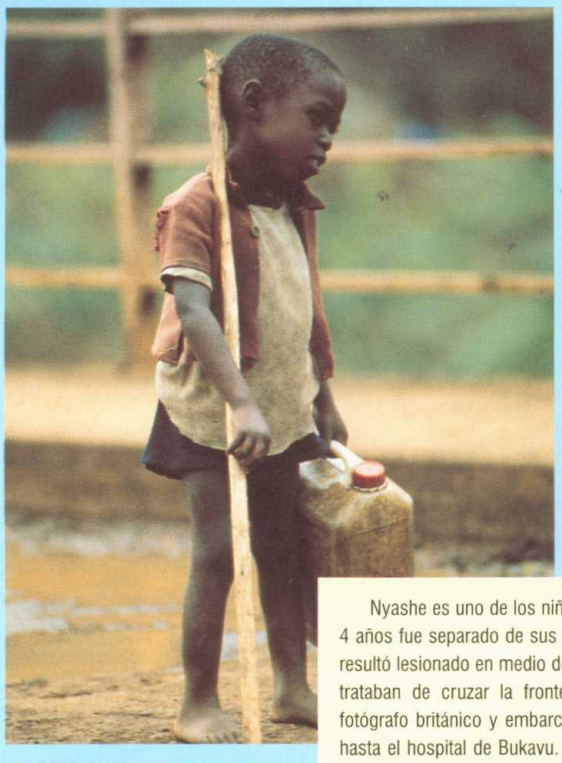
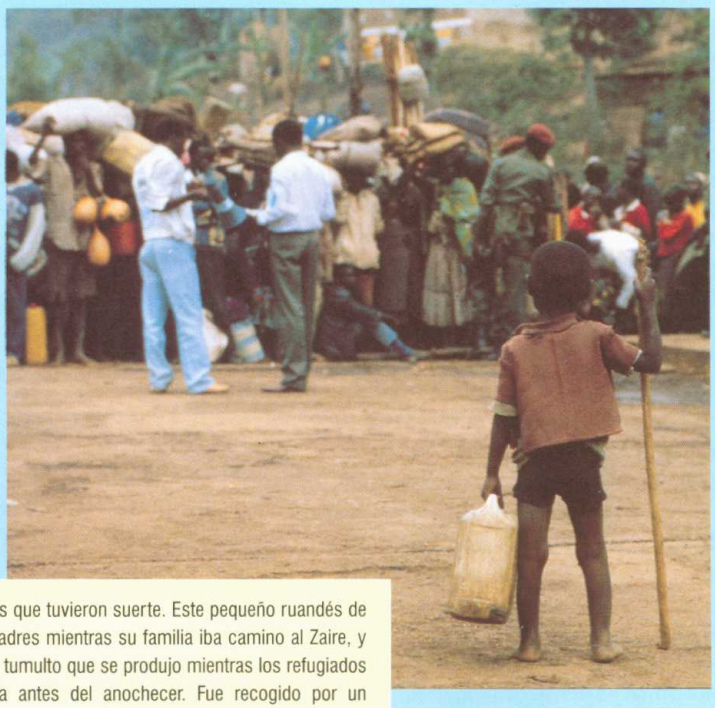
NYASHE O LA HISTORIA DE UN REENCUENTRO



▲ ¿Adónde ir? Nyashe en el puesto de control fronterizo.



▲ Solitario, Nyashe se mantiene lejos del gentío.

Nyashe es uno de los niños que tuvieron suerte. Este pequeño ruandés de 4 años fue separado de sus padres mientras su familia iba camino al Zaire, y resultó lesionado en medio del tumulto que se produjo mientras los refugiados trataban de cruzar la frontera antes del anochecer. Fue recogido por un fotógrafo británico y embarcado en un vehículo de la Cruz Roja que lo llevó hasta el hospital de Bukavu. Allí, Nyashe contó a un equipo de búsqueda del CICR que tanto su padre como su madre habían muerto.

De todas maneras, los delegados del CICR tomaron una foto instantánea del chico, que mostraron en los diferentes campamentos que iban visitando. Por último, un adolescente afirmó conocer a los padres de Nyashe. Las averigüaciones continuaron y permitieron confirmar que una mujer buscaba a su hijo, cuyo nombre era también Nyashe: todo indicaba que los datos coincidían. Apenas cuatro días después de haberse perdido, Nyashe estaba de vuelta con su madre, su padre y sus hermanas mayores, quienes habían identificado por separado al chico en el orfanato que lo había acogido.

SI bien es cierto que Nyashe sigue siendo un pequeño refugiado fuera de su propio país, y que, por lo tanto, está expuesto a otros peligros, por lo menos cuenta con el cuidado y el cariño que le prodigan los suyos.

▼ Nyashe es acogido afectuosamente por los suyos.

▼ La Cruz Roja localiza a la madre de Nyashe.

PHOTOS: ICRC/T. GASSMANN

situación real de cada menor. Como indica Hans-Peter Lenz, delegado del CICR, uno de los problemas que se plantea es convencer a los niños de que cuenten lo que les ocurrió verdaderamente. "Siguiendo las instrucciones de sus mayores, muchos dan nombres falsos porque temor a las represalias de que pudieran ser objeto por las atrocidades perpetradas en Ruanda, independientemente de que hayan tomado parte en ellas o no."

En el campamento de Benaco, Tanzania, la Federación mantiene un centro de acogida donde docenas de niños ruandeses no acompañados disponen de un lugar donde dormir, comen a sus horas, reciben instrucción y participan en actividades dirigidas, tales como deportes y artes y oficios. Dentro del propio campo, la Federación también se ocupa de ayudar a los niños a localizar a sus padres u otros parientes y cuando esos esfuerzos resultan infructuosos, se toma contacto con familias de la comunidad de origen del menor que estén dispuestas a adoptarlos.

Con ese fin, la Federación se sirve de un instrumento simple pero eficaz: el megáfono. Jean de Dieu Ngamije, miembro del personal de la Cruz Roja, refugiado y ex empleado de un orfanato de Kigali, recorre el campamento acompañado por el niño cuyos familiares se buscan y anuncia su presencia con el megáfono. El método es arduo pero inusitadamente eficiente, y cada día se logra encontrar a los familiares de uno o dos chicos; en total, desde que se inició el programa, en junio de este año, 1.500 niños se han reunido con sus familias. El ACNUR ha previsto utilizar el programa de la Federación como modelo en intervenciones análogas de asistencia a los refugiados que lleve a cabo en el futuro.

Lecciones del pasado

El debate acerca de cuál es el enfoque más idóneo para tratar la cuestión de los niños no acompañados durante las situaciones de conflicto armado o disturbio político se ha planteado una y otra vez, dando lugar a posiciones contradictorias. En el curso del presente siglo, millones de niños perdieron sus hogares a raíz de la revolución rusa y las hambrunas ulteriores, la guerra civil española y la segunda guerra mundial. En 1945, por ejemplo, uno de cada cuatro alemanes trataba de dar con el paradero de algún pariente o era buscado por un familiar.

KATZ/R. HAVIV

▲ **Los padres envían a los niños fuera de la ex Yugoslavia para garantizar su supervivencia, pero tal vez jamás se recuperen del trauma de la separación.**

Más de un cuarto de millón de niños se encontraban sin identificación o sin padres.

La Cruz Roja Alemana estableció un servicio de búsqueda dotado de técnicas especiales para determinar la identidad de los bebitos y los menores de cinco años cuyo nombre se desconocía. Se constituyó un registro con tarjetas de información en las que se hacía constar la edad aproximada, el color del cabello y de los ojos, y cualquier otra seña particular. Buena parte de las actividades de búsqueda se llevaron a cabo a través de los medios de difusión, pero también se expusieron fotografías en las oficinas públicas.

Al clausurarse el programa, hace ya varios años, de los 294.354 expedientes de búsqueda, sólo quedaban sin resolver 3.721. Las valiosas lecciones de la experiencia alemana se han aplicado en todo el mundo, como por ejemplo, en el caso de la búsqueda de familiares de los refugiados del mar vietnamitas acogidos en los países del sudeste asiático en 1979, programa en el que participaron varias Sociedades Nacionales y que contó con la ayuda y el respaldo del CICR.

A fines de la segunda guerra mundial se abordaron problemas de índole similar en relación con un gran número de niños húngaros que, debido al trazado de las nuevas fronteras o por haber sido enviados a zonas distantes de los combates, se encontraban en territorio rumano, checoslovaco o yugoslavo. Más tarde, millares de niños fueron separados de sus padres, tras la rebelión húngara de 1956 contra el régimen comunista. La repatriación de esos niños constituyó una tarea de primer orden para las Sociedades Nacionales de la región en la segunda mitad del decenio de 1940 y los primeros años del decenio de 1950.

"Pasaron muchos años antes de que se pudiera completar esa labor, no tanto por cuestiones administrativas como por motivos sentimentales" observa un empleado de la Cruz Roja Húngara. "Después de haber vivido largo tiempo separados de sus padres, algunos niños preferían permanecer allí donde habían encontrado un nuevo hogar, y se mostraban reacios a la repatriación."

Otro caso de evacuación de niños a gran escala se registró al estallar la guerra civil en Nigeria, en 1967. Se estima que unos 500.000 niños menores de 10 años perecieron víctimas de la